

SAO



UN

Lorena S. Gimeno
SAGITA

Edición a formato digital: Julio 2017

[@LorenaSGimeno](#)

[Más información de la novela](#)

lorenasgimeno.es

Ilustración de portada: [Pedro J. Moreno Béjar](#)

Diseño de portada, corrección y maquetación: Lorena S. Gimeno

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

Sinopsis

¿Quién le iba a decir a Silvia que tener un padre obsesionado con la supervivencia le serviría de algo algún día?

Una noche, en una fiesta, Silvia es obligada a jugar al juego de la Caperucita, siendo perseguida por un lobo mientras el resto de asistentes de la fiesta son devorados vivos.

Por suerte para ella, Silvia sabe hacer algo más que correr y esconderse, y lo va a demostrar con su ballesta de cazar jabalíes.

Una noche, tres oportunidades para sobrevivir

[...] cuyas pupilas se dilatan. La sangre del suelo se siente tibia entre los dedos de mis pies y sé que voy a morir. En secreto, he estado esperando este momento. Lo quiero, lo necesito. Ya casi no me aguanto en pie. Quiero escapar de esta pesadilla...

—Cómeme —le pido y extendiendo los brazos. Mis palabras son apenas suspiros temerosos pero llegan a sus oídos como gritos desesperados—. Por favor...

Aun a principios de julio, de madrugada aún hace un poco de frío y mi piel se resiente. No puedo parar de llorar bajo el cercano recuerdo de una cena en familia, de un día en la playa, de la simpleza de un paseo,... Ahora ya no me queda nada y sigo pensando: «¿Por qué me resisto a esto? ¿No era yo la primera que quería acabar así?»

En sus labios se forma una sonrisa tensa, que aguanta una dentellada. El hambre contenida rezuma de sus ojos y hace rugir mis propias entrañas. El deseo pasado vuelve a mí y me pone ansiosa.

«¡Lo quiero! ¡Lo deseo! Desde que esto comenzó he estado esperando por ti. No he podido dejarme matar por nadie más...

Muerta por muerta, prefiero no estar sola.» [...]

Recuerdo que me dirigía a una fiesta en medio de la montaña. Había recibido la invitación a través de un evento en *Facebook* y había sentido curiosidad por el ambiente en general: luna llena y sexo asegurado. La forma en la que el “Sr. Anónimo” atraía participantes a la fiesta me había parecido divertida.

Sin embargo, ahora que me veía caminando por la montaña medio a ciegas, suspiraba por una linterna. Sabía que la fiesta era al lado de la cascada, un poco más arriba, pero no esperaba que los árboles me dejaran sin mi amada luz lunar tan pronto. Eran más espesos de lo que recordaba. Pero supongo que es normal cuando mi última visita fue el otoño pasado.

De repente, me sonó el móvil y al mirarlo me quedé a ciegas unos instantes. «Maldito número desconocido», y colgué. Sabía perfectamente quién era, pero la broma estaba yendo ya muy lejos y no quería seguirle el juego. Esperaba y necesitaba alcohol para olvidarme de mis problemas durante unas horas y, con suerte, encontraría alguien que me hiciera un “favor”.

—Quiero un lobo que se me coma... —deseé en un rebuzno mientras subía el último tramo del camino. En el acto me reí interiormente al imaginar a mi madre llamándome la atención por tal frase. ¿De verdad puede culparme por tener diecinueve años?

Atravesé unos arbustos y me encontré en la fiesta, que había empezado un par de horas antes. Había un generador en una esquina del descampado, lejos del agua, al cual se conectaba el equipo del DJ y algunas neveras portátiles. Una veintena de personas bailaban con vasos de plástico en la mano junto a una fogata debidamente preparada. Me alegré de que por lo menos la gente tuviera un poco de cabeza. Es la mejor forma de que no nos prohíban estar allí.

Pagué los diez euros de mi parte (barato a cambio de beber sin parar y buena música) y me tragué el primer cubata de golpe. Cogí el segundo y empecé a saludar gente (cosas de vivir en un pueblo). Conociendo a tantos, buscarme un “relajante” no iba a ser fácil así que empecé a buscar y hablar con los que no conocía.

Muchos eran de El Vendrell o Cunit pero yo buscaba algo más lejano, como Barcelona o Girona. Quería encontrarme con alguien que no volviera a ver y, cuando lo cliché, supe que iba a ser mío.

Estaba sentado junto al pequeño lago, sin vaso en la mano. Así pues, me acabé la tercera copa de la noche y me acerqué a él.

—Hola. —Escruté sus ojos, azules como las botellas de Solan, y me devolvieron la mirada—. ¿No bailas? —Y le tendí la mano, que aceptó y, con un suave giro, besó dulcemente. El voluminoso y despeinado cabello pardo me rozó la piel y sentí chispitas en el bajo vientre—. Soy Silvia.

—Lupo —respondió, y se me escapó una risita que acompañó con una sonrisa de medio lado, algo burlona y picaresca—. Tú tampoco bailas —me acusó antes de soltarme la mano y levantarse.

A primera vista me había parecido más alto, pero aún me sacaba un par de centímetros. Manos grandes; ni fuerte ni delgado. Vestía botas camperas y tejanos ajustados medio rotos (no sabría decir si de fábrica o hechos) junto a una camiseta verde lima con un símbolo japonés en plateado en el centro: “luna”. A lo mejor otra chica pensaría que era un poco raro, pero a mí hacía que Lupo me gustara más.

—¿En serio? Qué guay —le sonreí, acercándome a él de una forma un poco descarada. Su masculino olor me hacía la boca agua.

—Me llaman así por mi forma de ser —me explicó, e inclinó la cabeza lo suficiente para rozar la zona bajo mi oreja e inspirarme profundamente. Acto que me puso a cien—. Qué pendientes tan bonitos —disimuló. Creo que se me estaban empezando a poner las orejas rojas. Por lo menos, me sentía ansiosa por arrancarle un beso y morderle la lengua.

—Son de piedra luna —contuve un suspiro. Cogí el dobladillo de su camiseta y “apoyé” la mano en

la hebilla de su cinturón. Su piel estaba muy caliente—. A mí me gusta tu camiseta... ¿“Tsuki”?

—Exacto —me sonrió. Sus pupilas eran negras y grandes, como si fueran a tragarme. Tal y como me miraba, tenía la sensación de que me estaba viendo desnuda; como si estuviese analizando un succulento asado que no podía esperar a probar—. ¿Qué te trae por aquí?

—Soy del pueblo y no me gusta quedarme en casa con esta luna tan bonita que hay hoy —le expliqué mientras miraba al cielo y me mareé ligeramente. Me encanta esa sensación que tengo de casi flotar cuando tengo el punto justo de borrachera encima; cuando toda yo me convierto en un depredador.

—Preciosa, sí. —Pero él no estaba mirando la luna. Casi podía imaginar un gruñido de placer bajo su lengua.

—¿Quieres subir? —señalé lo alto de la cascada, improvisando. Si quería intimidad no podía quedarme ahí.

—¿Hay alguien más por aquí? —me preguntó cuando ya estuvimos arriba, entendiendo perfectamente lo que buscaba igual que yo notaba que él lo quería tanto como yo. Esa buena telepatía era cómoda y agradable.

—Nadie. Así podré bañarme desnuda en el río —bromeé, sacando la lengua. Se rió y lo disfruté. Era una risa dulce como una chocolatina.

Me quité los zapatos y los dejé en la orilla antes de meterme en el río hasta media pierna. Siempre me ha encantado sentir el agua correr y la suavidad de las piedras en las plantas de los pies. Miré hacia atrás y ya tenía a Lupo a pocos centímetros de mí, únicamente en calzoncillos.

Verlo así me pilló tan de sorpresa que resbalé e increíblemente quedé suspendida entre el suelo y su cuerpo, con sus brazos de por medio.

—Perdona —se disculpó, y me derretí con su voz. Sus iris me observaban con tanta profundidad que ya no pude contenerme y lo atraje hacia mí.

Su tono sensual me empujó a probar sus labios. Primero con suavidad, luego asediada por el ansia de más, de seguir saboreando esa boca de lava ardiendo que me inundaba y conquistaba mi cuerpo con manos férreas. Me colgué de su cuello y bailé con su lengua mientras las caricias atravesaban mi ropa y sus dedos cabalgaban sobre mis pechos desnudos. Mi piel estaba en llamas allí donde me tocaba, casi tan caliente como él. El agua helada de la montaña parecía evaporarse a nuestros pies.

Lo así más cerca y enrosqué las piernas alrededor de su cintura mientras dominaba el beso y lo agarraba del pelo. Noté entre nuestra ropa interior la dureza de su lujuria y liberé sus labios para besar su cuello y morderle el lóbulo de la oreja. Su olor a hombre y a excitación me invadió los sentidos y me cegó. Sus dedos en mi nuca me provocaban un placer que me hacía ronronear y me abracé a su espalda mientras él se sentaba sobre una roca de la orilla y seguía tocándome.

Las caricias eran muestras de posesión y hambre. Los besos, banderas de conquista. Ya no oía la música de abajo y su lengua en mi muñeca era una saeta que dejaba mi piel en carne viva a su paso. Siguió mis venas hasta la parte interior del codo y continuó hasta mi hombro para tomar el camino de mi clavícula. Esternón abajo, hundió la cara entre mis pechos mientras deslizaba los tirantes de mi top hacia mi cintura y me subía la falda. Me apresó contra él con uno de sus brazos mientras acariciaba mi pierna con la otra mano. Esa lengua... La humedad y la presión en el contorno de mis senos me hacían gemir mientras movía mis caderas contra su erección. Acariciaba sus hombros y su pecho; su espalda y su abdomen. Y su mano pasaba de mi pierna a la goma de mi *culotte*, donde sus dedos se entretuvieron y deleitaron como pequeños soldados escalando las murallas de Iram de los pilares en busca de riquezas. Pequeños asaltantes que clavaron las bayonetas en mis nalgas antes de labrar mis tierras. Era un dar y arrebatarse que me volvía loca y me empujaba a moverme con más fuerza.

—Para —le pedí cuando vi la lanza de Asmodeo acercarse a mí—. Voy a//

Y me mordió el pezón en el momento justo para hacerme callar y hacer que la lanza me atravesara junto con una ola de magma que me inundó.

Abracé los temblores del orgasmo mientras me besaba. Ni siquiera había tenido tiempo de pedirle que se pusiera un condón. Y la dureza bajo sus calzoncillos me señalaba, acusándome. Nunca me había corrido tan rápido y ahora...

—Ahora vamos a divertirnos —me dijo mientras tiraba del *culotte* y lo dejaba a su lado sobre la roca.

Ante mi cara de sorpresa, añadió:

—¿Nunca lo habías hecho así? Te corres, te penetro, vuelves a correrte una o dos veces más,... Luego vamos improvisando.

En ese momento pensé que me estaba tomando el pelo pero lo decía de una forma que me hizo creer que era verdad. Yo siempre había tenido experiencias de una vez y ya; y ahora había encontrado a un chico que pensaba en el placer de ambos...

—Pues no lo he hecho nunca así —le respondí mientras me arrodillaba y acercaba mis manos a la goma de sus calzoncillos.

Antes de que empezara a bajárselos, puso sus manos sobre las mías y lo miré. No podía dejar de pensar que quería esos ojos. La envidia me corroía. Tan bonitos, tan profundos. Una mirada así tenía que ser pecado... Y yo me estaba enamorando de esos ojos; ni de su cuerpo ni de su alma; únicamente esos iris azules que me tenían allí postrada.

De repente, un profundo aullido rompió el silencio de la noche y se quebró el hechizo. Lupo se levantó y se quedó mirando hacia la cascada. Bajé la vista de sus ojos a sus labios y dije:

—Increíble... —Tragué saliva y me acerqué a la cascada—. ¿Has oído eso, Lupo?

Bajo mi garganta sentía un cúmulo de mi propia voz con ganas de salir. Respirar me parecía insuficiente y aspiraba grandes bocanadas de aire helado para alimentar ese grito que tenía encerrado. Quería soltarlo, demostrar que yo también podía.

Ante la incrédula mirada de mi acompañante, solté un profundo aullido desde el fondo de mi alma que anegó mis ojos en lágrimas y me puso la piel de gallina. Allí, medio desnuda, me sentía como en casa.

Quería que él también sintiera aquello y, cuando fui a girarme, sentí cómo era empujada cascada abajo y caía al agua desde esos tres metros, de espaldas. «¡Mierda! Debe haberse enfadado», pensé.

Zambullida y sobria, me coloqué bien el top y la falda, rezando para que nadie viera que iba sin ropa interior. De seguido, me encaramé a las rocas que rodeaban el pequeño lago y salí del agua. Tendría que volver a subir descalza a por mis zapatos, pensaba. También di gracias por no haber llevado más dinero encima mientras maldecía la muerte de mi móvil. Debería haberlo dejado en casa.

Sin embargo, lo que iba a suceder ahora iba a hacer que dejara de pensar en esos zapatos por los que tanto había ahorrado.

Miré el panorama de la fiesta y se me encogió el cuerpo. Me parecía estar viendo una película gore japonesa y tuve que parpadear con fuerza una, dos veces. Los brazos empezaron a temblarme y me abracé a mí misma sin dejar de mirar lo que tenía delante. Mi cuerpo entero comenzó a tiritar y junté las rodillas para tener algo de apoyo. Quería gritar; pero mi voz había sido encadenada a mi pecho. Quería salir corriendo; pero la sangre del suelo apresaba mis pies como si quisiera tragarme...

Toda la gente de la fiesta estaba siendo devorada por otras personas. Brazos y piernas habían caído al suelo y eran roídos tras dejar cuerpos eviscerados y rostros desfigurados... Aquello no podía ser cierto.

Se oyó otro aullido en lo alto de la cascada y mis pies salieron a la carrera montaña abajo. Sin pensar, sin mirar atrás, salté entre los arbustos y comencé a bajar por la montaña guiada por las sandalias de Hermes. Esquivaba los árboles como si siguiera un raíl, empujada por mi instinto. En mi mente, la sangre sobre el equipo de música goteaba sobre los cuerpos inertes de mis compañeros de clase. La hoguera ardía alimentada por cabezas cortadas e iluminaba con su luz escarlata las siluetas de hombres y mujeres atroces. Esos ojos dorados, esa mandíbula de dientes hiper-desarrollados,... ¿Cuántas veces había soñado con un amante de esas características? ¿Cuántas veces había querido ser una mujer loba?

Y aun así, había huido. Había tenido miedo de aquello que siempre me había gustado... No. A mí siempre me habían gustado los licántropos por su fuerza, por su lado romántico... Nunca había imaginado que podían ser bestias sin corazón. Más bien, no había querido pensar que pudiesen ser así.

MIS TÍTULOS

[Campana Fénix \(DarkWalkers #1\)](#)

[Sagita](#)

[La verdad oculta \(VITRIOLS #1\)](#)